



HISTORIAS





# EIS

ADRIANA BAÑARES CAMACHO

*Der Weg ist das Ziel*  
(el viaje es el destino)

*“beware the average man the average woman  
beware their love, their love is average  
seeks average  
but there is genius in their hatred  
there is enough genius in their hatred to kill you  
to kill anybody  
not wanting solitude  
not understanding solitude  
they will attempt to destroy anything  
that differs from their own”*

Charles Bukowski. *The Genius of the Crowd* (fragmento)

**C**uando era una niña, nunca le llamaron la atención los muñecos bebés. Todos esos accesorios para madres imaginarias de edad breve. Veía a sus amigas del colegio pasear sus ridículas sillas en el parque. Hacer mejunges en la arena. Decir “esto es puding”, “esto es papilla”. Ella solo veía el barro. A su padre le preocupaba su falta de imaginación. Él, que siempre había estado interesado en lo sobrenatural, como quien teme a la insignificancia de *ser*, no podía soportar que su hija se limitara a ser una persona. La apuntó a clases de pintura para potenciar su creatividad. Le preguntaba todas las mañanas con el desayuno humeante y el bote de las galletas abierto sobre la mesa, qué había soñado. Ella se



limitaba a meter su pequeña mano en el bote, procurar que la galleta que cogiera no estuviera rota, y, antes de dar el primer bocado, decir: nada.

*Cuando duermo me fundo en negro.*

## 2011

Principios de verano en Viena. Ha entrado con fuerza el calor y se hace insoportable con el ruido incesante de las cámaras de hielo. A todas horas. Tras el mostrador. El sonido insoportable. La gente viene y va. Sobre todo niños indecisos ante el pantone helado. Cómo se dice stracciatella en alemán. Erdbeereis en español. Sus caritas sudadas de niños en el cristal de la cámara, y ella, paciente y encantadora como siempre, sonrío y todos lo sienten así: es un ángel. *Eis Engel*. Cobra al padre, entrega el helado al niño. Se van. Se queda sola. Con el agotador sonido de las máquinas, y el de su corazón, que martillea nervioso dentro al compás de unos golpes lejanos, en el subsuelo. Puede dejar la tienda sola unos minutos. Bajar al sótano, preguntar cómo va todo. Cómo va todo. Echar un vistazo, cuidar de que su secreto siga manteniéndose a salvo. Puede hacerlo, claro que sí. Cierra la caja con llave, trastienda, escaleras abajo, llega. *Morgen*.

No puede contener los nervios. Es hermosa pero desconcertante. Los obreros la miran. Tiene un poder de atracción sobrenatural pero -o por ello- da miedo.

– Va todo bien, señorita, no tiene por qué preocuparse. En un par de días terminaremos con las obras. Espero que no la estemos molestando demasiado.

En absoluto. Sonríe. *Wiedersehen*. Sube.

Parecía estar todo tan controlado. Todo *a salvo*. Todo en paz. Pero el maldito peluquero tenía que hacer obras. Se dice mentalmente. Ese maldito peluquero ha tenido que joderla. Y, desde hace unos días, su secreto se ha visto peligrar por la presencia de esos obreros.

- Espero que no te moleste demasiado, Edelweiss, pero llevo mucho tiempo queriendo repararlo.
- Pero, ¿tanto problema te da?

Las razones para que no llevara las obras a cabo se le acabaron pronto. Si seguía, en seguida dejaría de ser sutil y se le notaría demasiado que escondía algo. Así que no tuvo más remedio que resignarse y cruzar los dedos. Imposible mover los cadáveres del sótano. La idea del cemento pareció buena en un principio para tapar el olor, pero ahora iba a ser imposible cargar con ellos. Edelweiss no podía creer en su mala suerte.

Así que desde el primer día que llegaron los trabajadores, Edelweiss vive con los nervios a flor de piel. Una mujer tiene derecho a tener secretos.

Siente que esos hombres amenazan su intimidad.

## 7 DE JUNIO DE 2011

Hace poco que ha amanecido. Este sol tan naranja que apunta con punzante suavidad a los cristales anticipa otro día de calor. Edelweiss tiene un mal presentimiento. Se ha despertado antes de que sonara el despertador y apenas ha echado azúcar al café. Gira la amargura con una cucharilla mientras mira a la pared. Se le nubla la vista. No se da cuenta. Se repite mentalmente que tiene que llegar pronto a la heladería, antes de que lleguen los obreros. Puede bajar rápidamente al sótano y borrar algunas huellas. Recuerda que fue tan descuidada de dejar allí un bolso. Y palabras sueltas en español. Puede entrar pronto, sin que la vean. Trata de convencerse. Han pasado dos años y nadie se ha dado cuenta. Por qué habrían de enterarse ahora. Sus pensamientos no terminan de tranquilizarla y deja el café a medias, coge el bolso y se va. Camina tan rápido que a veces tropieza. Juraría que nunca se ha sentido así. Juraría que nunca ha perdido el control de sus actos. Maldita sea, Edelweiss, sí que lo has hecho. Recuerda. Tú no los mataste. Aquella no eras tú. No era yo, no era yo. Yo no los maté. Fue La Enfermedad. Yo no soy así. Soy una persona sensata. Calculo, control, soy serena y agradable. Ellos me pusieron al límite. No podría haberlo evi-



tado. No con mi Enfermedad. Ellos lo sabían. No soy del todo perfecta. Me come la ira, pero no soy yo. Todos lo comprenderán. Ellos me hicieron daño, amor. Me hicieron mucho daño. Tú lo sabrás. Si me detienen. Aún no me han pillado. No, no. No, amor, no me atraparán.

Cuando llega a la puerta de la heladería y saca del bolso las llaves, una voz masculina la sorprende a su espalda.

– Edelweiss, buenos días.

Esos “buenos días” han sonado fríos y casi en un murmullo. Edelweiss se paraliza. Retrae las llaves hacia su puño y lo cierra con tanta fuerza que le hacen daño los dientes. Intenta una sonrisa y se gira. El hombre que la mira con gesto preocupado es Joseph, vecino de la heladería. No son amigos, pero sí conservan esa camaradería derivada del respeto y la cortesía que se profesan desde que Edelweiss abriera su negocio, hace ya seis años. No es necesario decir nada. Edelweiss sabe que trata de advertirle.

– No abras la heladería hoy, Eis. Han encontrado algo terrible en el sótano.

Edelweiss arroja un *danke* que suena a estertor y cruza corriendo la calle hacia la parada de autobús más cercana. Agita su bolso y atrapa el teléfono móvil.

– Ha ocurrido algo terrible. No sé cómo lo voy a solucionar.

– ¿Eis? ¿Estás en la heladería?

– No, no puedo...

Ve acercarse el autobús, arroja el móvil al bolso y sube corriendo. Trata de calmarse. Ella puede hacerlo, claro que sí, tú puedes. Sonríe al conductor mientras busca unas monedas. Le duelen las mejillas de tanto fingir normalidad y se sienta al fondo. Mira a través de la ventanilla y siente que es Viena quien se

va. Viena se aleja de ella. Mira un punto fijo en el cristal y deja que la ciudad siga su camino.

Recuerda la última vez que quiso emprender un viaje. Han pasado ya tres años desde entonces. Se le ocurrió en un primer momento, aunque pronto desestimó la idea. Aquella vez la mejor opción fue permanecer. Hacer vida normal, como dicen los médicos. Dar mayor importancia a las mentiras. Todos nos inventamos nuestras vidas, después de todo. Recuerda a su padre. Él podría ser el mejor ejemplo, piensa Edelweiss. Da mayor importancia a sus interpretaciones. Interpretaciones de un mundo que no es el nuestro, que solo está en él, que sin duda será mucho más interesante que su realidad. Años más tarde, en 2010, Edelweiss no quiso esa soledad que le invadió la noche de 2008 y recurrió a Luis. También hoy lo ha hecho en un primer momento. Se pregunta si no ha sido un error volver a llamar a Luis. Aquella noche ya temió que la delatara. Pero no lo hizo. Eso es lo importante. No lo hizo, se dice Edelweiss. Definitivamente: ella no lo hizo.

## 2008

Escondarse o huir. Buscar ayuda en los mínimos conocidos, seducir a cámara, a la mirilla, de madrugada, decir “déjame entrar, he matado a mi (ex)marido”. “He descubierto que todos mis amantes me son infieles”. Cerrar la puerta por dentro, hacer el amor y tratar de dormir con tranquilidad aun sabiendo que nunca ha de fiarse *una* de los hombres, que a la mañana siguiente él la va a delatar.

—¿Me tienes miedo?

—No, Edelweiss. Nos conocemos desde hace muchos años.

—Sé que es muy tarde pero.

—Entra.

Joseph le ofrece café. Algo de comer.



—Solo quiero dormir. He de coger un tren temprano.

Joseph quiere cogerle de la mano. Sentir la presión. Sentir que es suya o él es de ella. Un mínimo contrato de dependencia. Dormir juntos. Comprenderla. Decirle que la comprende. Que no la juzga. Que entiende sus razones para matar. Llevarle el desayuno a la cama. Hacer el amor antes de comer. Pero ella no quiere café. Sólo quiere dormir. Se lleva la mano derecha a la boca y apaga un bostezo. Le cambia la expresión del rostro porque con solo verle a él ya sabe que está pensando y se enciende un cigarrillo.

—¿Sabes? Lo he pensado mejor.

Y Edelweiss retrocede hacia el sótano de la heladería y se enfrenta sola a lo que ha hecho. Joseph se queda con las ganas de ser su confidente y amante. Edelweiss decide no huir. A la mañana siguiente ya tendrá una mentira preparada para explicar la desaparición de su marido. Joseph la saludará como siempre, como un simple vecino, porque n-u-n-c-a ha pasado n-a-d-a.

## 7 DE JUNIO DE 2011

Llego al aeropuerto. Parece muy sencillo. Puedo volver a Barcelona. No, allí me buscarán. No, y no quiero preocupar a papá. Será mucho mejor ir a Francia. Después podría desplazarme con facilidad a España, cuando se calmen las cosas. Podría ir a París. Sí, París es una buena opción. Es un lugar precioso. Si la situación lo requiere podría tirarme de la Torre Eiffel. Tendría un bonito final para mi historia. Un bonito final para mi viaje. Pero no me quiero poner trágica. Todo puede salir bien. Todo va a salir bien. En París me reencontraré con Harold. Él creará en mí, porque me ama y sabe que yo le amo. Tendremos a nuestro pequeño y podremos ver a papá y mamá más a menudo. También estará Luis, que regalará juegos intelectuales y aburridos a nuestro hijo. Pero nuestro hijo será distinto. Será imaginativo, no como fui yo. Papá será muy pesado con él, o ella, y le preguntará por sus sueños en Navidad; en la comida familiar que organizaremos en nuestra casa. En el centro de París. Yo tendré de nuevo mi propio negocio. Pero esta vez me dedicaré a algo cálido. Me apetece un café.

Una cafetería con muebles de madera y una chimenea. Sería precioso. Sería bohemio. Mi padre jamás lo hubiera imaginado, pero le haría feliz. Podríamos organizar eventos culturales en el café. Tertulias, recitales, conciertos. Sería hermoso. Tendríamos una vida tranquila rodeada de gente interesante. Nada de niños repelentes y padres impacientes ante la cámara de los helados. Todo lo que me rodee será tan cálido que nadie sospechará de mí cuando se nombre a la Eis Engel. En ese ambiente tan literario, amor, podría comenzar a escribir. Me encantaría escribir una autobiografía. Una autobiografía con final feliz, amor. Contigo y nuestro hijo en París, amor. Con el pasado relegado al olvido, sí. Sepultado bajo tierra, Harold. Donde nadie lo encuentre jamás.

Todos mi sueños se esfuman cuando me doy cuenta de que he olvidado un detalle crucial. Me dispongo a comprar el billete a París, pero es necesario un registro. ¡Cómo no reparé en ello! Si cojo un avión me estaré dando caza. Tengo que cambiar el plan. *Au revoir, Paris*. Compró el billete pero nunca tomaré el avión. Es la mejor forma de despistar a la policía. Salgo rápido de la terminal con mi billete y el final de mi historia en la mano y entro en el primer taxi. Cuando me siento estoy tan nerviosa que empiezo a reír y el taxista me mira alucinado.

– Usted dirá.

Entre risas le digo que no lo sé.

– No lo sé, a Italia. Vayámonos a Italia.

– Italia es muy grande, señorita.

– Sí, bueno, no lo sé. Solo tengo que salir de aquí.

– Puedo dejarla en Cavazzo, si quiere. Pero son unas cuatro horas de viaje, le va a costar caro.

– Sí, no se preocupe por eso, tengo dinero. Vayamos a Cavazzo. Sí, Cavazzo está bien.

He perdido todo el control de mis actos. Me toco el pelo, suspiro, miro por la ventanilla y con los dedos en mis rodillas compongo un sonido monóto-



no al galope. Y ahora me voy a Italia. Donde comenzaré de cero y tú vendrás y me dirás lo mucho que me amas. Sé que habrás estado preocupado por mí, cuando la policía no me encuentre en Francia, pero nuestro vínculo de amor te mantendrá informado. Sabrás que todo ha salido bien, aunque todo esté en mi contra. Me encontrarás en Cavazzo. Tal vez en Udine. Y nos iremos a vivir a La Toscana. Seremos tan felices siempre, mi amor. Lejos del frío. Amor, tengo tan claro que este viaje, esta historia, mi destino. Todo esto, amor, solo puede terminar bien.

– ¿Le puedo preguntar por qué a Italia, señorita?

– Ya lo ha preguntado.- Sonríe mirando al retrovisor. Tengo ganas de responderle con una mentira. Decirle lo que estoy pensando. Hablarle de nuestro reencuentro y mi interés por encontrar el mejor sitio donde mi *hija* pueda vivir. Sin embargo, me traicionan los nervios y, torpe de mí, cometo una imprudencia. - Estoy metida en un follón.- Mierda. No puedo creer que haya dicho esto.- ¿Podría hacerme el favor de reservarme habitación en un hotel para esta noche y la de mañana?

Aunque el trayecto es largo y no soy muy dada a conversar con desconocidos, el viaje es agradable. El taxista me ha conseguido dos noches de hotel en Cavazzo y no pregunta demasiado. El aire acondicionado me sienta bien. Calma mis nervios, me relaja. De pronto estoy dentro de un avión. Es curioso porque está en tierra firme, en el centro de una ciudad que no reconozco. Da la sensación de estar aparcado como un medio de transporte terrestre. A mí no me importa. El interior es como una caravana. También me da la sensación de que estoy viviendo o podría hacerlo allí. Camino en ropa interior, preparo algo de comer. No siento ninguna vergüenza, aunque las ventanillas están subidas y me ve toda la gente que pasa por la calle. Tengo visita. Es mi familia. Me preguntan cómo es que no estoy preocupada, si tengo a la policía debajo de casa (el avión) observándome. Yo les digo que no hacen ningún mal mirándome. Que no hay problema: no es a mí a quien buscan.

Llegamos a Cavazzo a primera hora de la tarde. El taxista ha hecho un gran trabajo al reservarme la habitación, pero no termino de confiar en él. Ne-

cesito descansar. Pensar con calma. Por el momento solo tengo claro que mañana a primera hora me iré. Mis migas de pan no les llevarán a ninguna parte.

## 2010

- Luis, ¿cuáles dirías que son tus hobbies?
- ¿Qué?
- Ya sabes, las cosas que haces en tu tiempo libre. Es una pregunta muy fácil. Típica.
- Ya, sé lo que es un hobby, ¿pero a qué viene eso?
- Venga Luis, no te pongas en ese plan. ¿Cuáles dirías que son?
- Videojuegos. Internet. Supongo.
- ¿En serio? ¿Dirías que tus hobbies son jugar a marcianitos y entrar en Internet? Quiero decir... tus hobbies se reducen a quedarte sentado frente a una pantalla, ¿no? A pasar tus horas libres -tus horas de vida- sentado en tu habitación interactuando con seres virtuales.
- ¿Estoy hablando contigo o con papá?
- No, escucha. Yo no sé cuáles son mis hobbies. No sabría decir cuáles son.
- ¿Leer, escuchar música...?
- Pero eso no sé si podría calificarlo como hobby. Quiero decir, escucho música, claro. Pero no me dedico a sentarme y escucharla de forma pasiva. La música me sirve para ambientar. En cualquier caso, creo que las cosas que nos interesan, las cosas en las que empleamos nuestro tiempo (libre), tienen que ser cosas importantes para nosotros, ¿sabes? Pero si son tan importantes, ¿siguen siendo hobbies? O sea, un hobby puede ser coleccionar mierdas, hacer maquetas de mierda. Pero también ir al cine, pasear, leer, escuchar música o... ir de bares.
- No sé si te sigo, Eis.



- No sé, trato de entender a esa gente que dice que sus hobbies son estu-  
pideces como salir con sus amigos de bares o escuchar música. Esas  
mierdas las hacemos todos ¿no? ¿Qué clase de vida tienen esas personas  
que no tienen más hobbies que esos?
- Te parece que están perdiendo su vida.
- Me parece que no tienen ninguna aspiración en la vida. Me parecen  
unos mierdas.
- ¿Te parezco un mierda?
- No, tú haces mucho más que estudiar y estar sentado frente a una pan-  
talla.
- ¿En serio? No estoy tan seguro de ello. ¿Qué crees que hago además de  
ir a la universidad y jugar a mierdas en Internet?
- Protegerme.

Y, dicho esto, Edelweiss metió el último trozo de Hans en una bolsa y la cerró.

## 7 DE JUNIO DE 2011

El hotel en el que se hospeda se encuentra en un paraje desangelado, a seis kilómetros de Cavazzo. Edelweiss se asoma a la ventana de su habitación. No es la idea de Italia que tenía, y la situación le pide un cigarrillo, pero es estricta consigo misma en ese tema. Nada de fumar durante el embarazo.

Se da una larga ducha y lava toda su ropa a mano con champú. Espera que todo esté bien seco para la mañana siguiente, pero de momento tendrá que pasar lo que queda de día en la habitación, sin más arropo que una toalla.

En la televisión no hay nada de interés. Parece que La Noticia no ha cruzado -aún- la frontera. Solo hay un canal de música y predomina la italiana. Le parece insoportable la música actual italiana. Al menos la que televisan. Pero le hace compañía.

Le apetece escuchar *Man Made Lake* de Calexico. Fumarse un maldito cigarrillo. Leer. Le apetece llamar a Luis, pero abandonó el móvil en el aeropuerto. Las paredes de la habitación son tan débiles que puede escuchar lo que ocurre en el cuarto de al lado. Se oye a una pareja. Edelweiss supone que este hotel es propio de camioneros y prostitutas. Y criminales. Su imaginación recientemente despertada construye una historia de encuentros en bares de carretera. De hombres cansados pidiendo cervezas escondidos del sol de junio que les persigue en la carretera. De mujeres que esperan con sus hijos a sus hombres cansados de trabajar en la carretera. De hombres que extrañan a mujeres no-concretas como extrañan el sexo y pagan con los ingresos familiares a mujeres que buscan hombres y calman su cansancio y soledad por unas horas para seguir viviendo de la calle y la soledad y el vacío de la distancia. Siempre la distancia. Siempre lejos de todo pero nunca lejos de sí mismos.

En la habitación de al lado alguien calma esa soledad con algo de sexo barato y desconocido. Edelweiss se pregunta si tan necesario es el sexo para pagar por él. Si tan necesario es el dinero. La prensa que hablará de ella dirá que su móvil siempre fue el dinero. También Edelweiss será una prostituta. Aquella puta a la que sus ex-parejas pagaron su negocio. Aquella puta psicópata que se negó a pagar sus deudas.

Se ha hecho de noche y suena una balada en televisión. Edelweiss la tarea sin haberla escuchado nunca antes. Contra la ventana choca una polilla que busca la luz. Edelweiss la mira inexpresiva. Unos intentan huir. Otros se dan de hostias por entrar. Por huir de la oscuridad de la noche.

Las aves nocturnas ven las cosas de manera diferente a como las ven las diurnas. Las emociones se intensifican en la oscuridad porque la penumbra evoca a lo profundo. Es fácil invocar la imagen de eternidad como un infinito negro. La oscuridad (y la luz cegadora) oculta los límites, de manera que, paradójicamente, los elimina, los abre; homogeneiza el medio. La habitación ya no nos protege. No hay lugar donde esconderse porque estando todo oculto, todo se hace visible.

Edelweiss, acostumbrada a pasar las noches en negro, había engendrado una idea sobre la existencia muy simple: la vida no tenía ningún valor por su



brevidad. Porque al morir la oscuridad lo fundiría todo y no había nada que pudiera detenerlo. No habrá nadie esperando que despierte. Todos darán por hecho que no existes.

Edelweiss, ahora que ya sueña, parece que ha cambiado de opinión respecto a la muerte. La vida no parece tan insignificante ahora que parece tenerlos. Se pregunta si comparte sus sueños con su hijo. Si son de su hijo.

Nunca hubiera creído algo así. Debe ser imposible crear a partir de cosas que no conocemos. A no ser que su padre tenga razón y compartamos de forma innata recuerdos y conocimientos ancestrales. Esto convertiría a su bebé de dos meses en alguien más inteligente que ella. O al menos más culto.

Este pequeño ser la aferra a la vida a pesar de todo.

Aunque no haya escapatoria ni lugar para ninguno de los dos en esta vida.

### **A LA ATENCIÓN DE HAROLD:**

Hola amor,

te escribo desde Trieste. Es curioso que esté aquí. Que sea la cárcel de Trieste. Suena demasiado a mi estado de ánimo aquí. La celda es deprimente. La comparto con otras cuatro mujeres a las que no soporto. Tampoco a ellas se las ve felices. Es tan deprimente.

El bebé ha resultado ser, a todas luces, una bendición. Me cuidan demasiado. Es difícil que las otras internas me hagan daño con todos esos policías vigilando. Ya sabes. Mi vida no les importa en absoluto, pero no les vendría nada bien que sufriera un aborto entre rejas. Mi celda es para no fumadoras. Es bueno. Hace soportable el mono.

Mi abogado y yo estamos trabajando el tema de la extradición. Sería magnífico que me la concedieran: así podríamos estar más cerca. Tú podrías

venir a visitarme. Seguro que allí no te dan problemas. Me alegró, de todas formas, saber que habías venido a verme. Mamá me lo contó. No entiendo qué hay de malo en que nos veamos. Entre tú y yo no hay nada peligroso. *Somostodoamor*. Le pregunté a mamá por tantas cosas. Pero ella no me respondió. Ella hablaba y hablaba y me preguntaba sobre temas que prefería evitar. Está preocupada por Luis. Han averiguado que la última visita que me hizo en Viena coincide en el tiempo con la desaparición de Hans. No quiero que molesten a Luis, pero sé que no voy a poder evitarlo. Eso me frustra.

Tengo tantas ganas de ver a Luis, amor. Necesito hablar con él. Mamá se puso muy seria. No quiere que Luis venga a verme. Creo que tiene unos celos enfermizos de la *relación* que tenemos Luis y yo. Papá no vino. Mamá quiso evitar el tema, pero precisamente por esa actitud supe que papá no quiere verme. Me duele muchísimo que sea así, pero prefiero que no venga. Está muy mayor. De todos modos, ya tendré tiempo de verle y hablar con él cuando salga.

Si te pregunto cómo estás, ¿obtendré respuesta?

Siempre es absurdo preguntar en las cartas, sobre todo si el remitente no va a corresponder con otra carta.

Creo que lo entiendo.

Esta situación es complicada. Pero te conozco bien, amor, y sé que crees en mi inocencia. Te veo escribiendo. Escribiendo. Escribes largas cartas y lloras. Terminas llorando, arrugando las cartas y tirándolas a la basura. O tal vez no las tiras, sino que las guardas en el último cajón.

En cualquier caso, sé que me escribes. Sé que estás preocupado por mí y que me echas de menos.

Lo sé, *amor*.

Pero nos veremos pronto.



## 8 DE JUNIO DE 2011

En el trayecto en tren desde Cavazzo a Udine, Edelweiss cayó en un profundo sueño. Una de esas cabezadas de viaje producidas por el traqueteo y el vaivén sutil que nos mece como a niños pequeños. Edelweiss cayó sin darse cuenta y se fundió en negro. Pero aquella espesura inconmensurable que lo invadía todo cuando era pequeña, comenzó a menguar.

Comenzó a tomar la forma de una instantánea Polaroid. Dentro de ella, cubiertos y alfileres. Una esquina en un cuarto oscuro y una pequeña bombilla oscilante alargando las sombras a las arañas. Movidos sin *frame*, en *stop motion*, su hermano y ella con una caja de costura. Él le ofreció un alfiler -amuleto o arma- y le pidió que lo guardara y que nunca, por nada del mundo, lo perdiera. *Es importante*. Edelweiss introdujo el alfiler entre las costuras de su ropa interior y sonrió a su hermano, prometiéndole que ahí nunca se iba a perder.

Los cubiertos se fundieron por el calor de la bombilla creando formas imposibles y gelatinosas. Edelweiss se fundió en blanco y despertó, congelada. Acababan de llegar a Udine.

## 2010

Edelweiss realizaba los cortes con verdadera soltura. Algo sorprendente, teniendo en cuenta que ella nunca había despiezado ni un mísero pollo.

Luis la observaba desde la puerta del baño. No se atrevía a entrar. No podía. Se había quedado completamente paralizado ante lo que estaba viendo.

Edelweiss, con gran precisión, como si cada parte del cuerpo tuviera un valor especial, iba separándolas del resto. Le pareció ver ternura en ello. Cada vez que se veía con un trozo de carne en las manos, y la bañera llena de sangre, Edelweiss abría el grifo de la ducha y lo deslavaba.

En verdad aquel cuerpo seccionado en la bañera parecía un animal sacrificado y limpio para ser cocinado en Navidad.

— No soporto la sangre.—Dijo Edelweiss mientras limpiaba la mano izquierda de Hans.

A continuación, cogió una pequeña bolsa del armario del baño y metió la mano dentro.- Estas bolsas para papelera de baño van genial. Mucho mejor que esas enormes bolsas de basura comunes. Además, el blanco me da muchísimo mejor rollo que el negro o el verde. ¿A ti no te parece?- Le dijo Edelweiss mientras cerraba cuidadosamente la bolsa. Parecía estar preparando un regalo delicado.

Una vez guardada la mano, Edelweiss continuó serrando el antebrazo. Luis creyó que nunca se olvidaría del sonido, del crac, de la dentera que sintió cuando la sierra tocó el hueso. El exceso de sangre despistó a Edelweiss y desgarró manualmente el pedazo antes de amputarlo del todo con la sierra. La sierra no había cortado del todo el hueso y ahora Edelweiss tiraba con todas sus fuerzas. Luis pensó en cuando era niño y arrancaba sus dientes de leche cuando aún se movían unidos por la encía. Creyó sentir ese dolor dulce y la sangre en su boca.

- Eis, ¿qué le pasó a Fred?
- Ya lo sabes. Se fue a la India.
- Intuyo que Hans también.

El sonido de la sierra eléctrica silenció a Luis.

- ¡Espero no electrocutarme! Porque de ser así, ¡a ver cómo explicas todo esto!

La actitud de Edelweiss cambió por completo. La mutilación se volvió caótica. La pierna derecha de Hans se convirtió en piezas irregulares y amorfas.

El uso violento de la sierra hizo saltar la sangre sobre las paredes, las cortinas de la ducha, el rostro y la ropa de Edelweiss, cosa que la enojó bastante. Aquel jersey de Prada le había costado una pasta<sup>1</sup>.

---

1.- "La evidencia en gotas cae por mi jersey de Prada". Extracto de "La distancia adecuada" de Christina Rosenvinge, de su disco "Tu labio superior". 2008.



– Mierda, tenía que haberme cambiado antes de empezar con todo esto.-  
Dijo mirándose las manchas del pecho, que ahora le dotaban de un look psicópata que, según ella, no iba en absoluto con su forma de ser, y, dirigiéndose a su hermano gritó: - ¿Vas a entrar de una puta vez? ¿Esa es la idea que tienes *tú* de ayudar?

El olor que cubría el baño era insoportable. Luis tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. Le daba muchísimo miedo la reacción que pudiera tener su hermana si lo hacía.

– Joder, estos trozos son una porquería.

Edelweiss deslavaba las secciones con desgana y frustración. Cuando las metía en las bolsas apenas estaban limpias, y en el blanco nuclear se transparentaba el rojo corrupto de la sangre.

La evidencia de unas manchas que Luis no podría borrar nunca.

## 8 DE JUNIO DE 2011

Aquí tenemos a Edelweiss. Ha llegado cansada. Le han agotado las circunstancias. No puede contener los nervios. Está asustada. El sudor frío que la empapa le impide ser testigo del comienzo de uno de los veranos más calurosos de su vida. Es en el preciso instante en que pone los pies sobre el andén cuando se da cuenta de que nadie la espera en la estación. Ha llegado a Udine; lo ha conseguido. Nadie sabe quién es. Apenas muda limpia en el bolso. Soledad. La soledad a la que solo los fugitivos más fuertes saben sobrevivir.

Se pregunta si su vida a partir de ahora va a desarrollarse en no-lugares. Pero ¿cómo dar a luz en un lugar que no existe? Evocar a la inexistencia desde el principio. Arrastrar al niño a la muerte. No es nada especial, todos nacemos así. Pero ella no quiere hacerlo tan evidente. Mira alrededor y teme estar demasiado descuidada. Aunque nadie la conoce, Edelweiss quiere desaparecer.

Hay una creencia general sobre el fondo de la barra. El lugar donde puedes tener el control de todos los clientes sin que ellos te vean a ti. Edelweiss tam-

bién ha caído en la trampa y pide un café con leche con dos azucarillos. En los aproximados cuarenta y cinco minutos que ella está allí, la cafetería no deja de estar llena de gente, aunque los personajes cambian cada poco tiempo. Los cafés duran muy poco. El horario es apretado. Las maletas de colores hacen del escenario un Lego de prisas, despedidas y reencuentros. Solo alguien se mantiene. Un joven que Edelweiss ya vio al entrar, y que no ha dejado de garabatear en un cuaderno. Su aspecto *grunge* de bohemio combina con el del *dandy* italiano. Se acerca a los clientes, enseña su cuaderno. Algunos le dan dinero y él arranca una hoja. Muchas mujeres miran el cuaderno con despecho, casi ofendidas. Edelweiss ha ojeado todos los periódicos que ha podido encontrar en el revistero. Solo uno, de forma breve en la sección de sucesos, cuenta *su* historia. *Nadie lo hubiera imaginado. Era una chica encantadora. Todos nos creímos sus mentiras.* Edelweiss se ha convertido en la protagonista de los programas que más detesta. Aún es pronto para notar demasiado la vida que lleva dentro, pero siente que le pesa. Es demasiado cargar con dos vidas en un mismo cuerpo. Y tanta culpa. Y tanto miedo. *La policía ha emitido una orden de arresto contra Edelweiss.* Caen dos lágrimas incontenibles en los posos del café. Maldita sea. La *Eis Engel* se derrumba demasiado pronto. Realmente es como dicen los periódicos sensacionalistas. *Como hielo: quebradizo y transparente*<sup>2</sup>. Mientras distrae su mirada vigilante en busca de un pañuelo en su bolso, el joven del cuaderno se acerca a ella y, sin decirle nada, le muestra un *deja vu* en grafito. Sus primeras lágrimas en su vista perdida y la taza de café. Su pelo recogido en una descuidada coleta que ha despeinado el tren. Su incalculable belleza, incluso en blanco y negro, por la que nadie sospechó jamás. Hasta hoy. Edelweiss se traga el llanto y sonríe en busca de unas monedas.

- No, non è necessario. E' un dono.
- A gift? Lo siento, non parlo italiano.
- ¿Spagnolo?

---

2.- Quebradizo y transparente, de El Hijo. Extraído del álbum “Madrileña” (2010)



- Sí, sí.
- Puedo intentarlo un poco.
- Grazie.

Edelweiss se sorprende de su capacidad para atraer a los hombres. Sonríe, pero aún quedan rastros de humedad en sus mejillas, lo que le otorga un aspecto indefenso y de abandono que podría enternecer al mismísimo diablo.

Pasé la noche en la casa del dibujante de Udine. Oficialmente no dormimos juntos. La prensa se encargará de decirlo, aunque les hubiera encantado relatar una intensa historia de *amor*. La prensa será buena con el bueno de Iago. El bueno de Iago tenía mandarinas en la nevera. Eso me gustó. Me preguntó si quería una. *Un mandarino*. Y yo le dije que era curioso lo mucho que se parecía la palabra el español, italiano y alemán. *Eine Mandarine*.

En la cafetería de la estación estuvimos poco tiempo. Soy demasiado débil. Este problema me viene demasiado grande. He perdido la compostura. No le dije qué había hecho, pero estaba demasiado triste. Necesitaba desahogarme un poco. Lloré ante él, como una niña. Le dije que había tenido problemas con mi pareja. No especificué, aunque él comprendió que me refería a malos tratos. Relación de ideas simples. Estaba tan disgustada, y aún lo estoy, pero gana la contradicción por goleada. Estaba tan disgustada que apelé al suicidio. Qué torpeza. ¿Pero qué iba a hacer? No tenía coartada. Debí haberme dado cuenta de la simpleza de los hombres. ¿Cómo lo olvidé? Él se asustaría, y así lo hizo, si me mostraba de esa manera. A ningún hombre le gusta tener en casa a una mujer que habla de suicidio. Pero ya no tenía nada que perder. No podía permitirme una vida huyendo. No en mi estado. Realmente lo quise. Quería morirme. Esa era mi única salida. *La mia unica via d'uscita, uccidermi*.

## 2010

Así que Luis la protege. Desde que eran niños. Luis es seis años menor que Edelweiss, pero su cometido en la vida ha sido siempre cuidar de ella, y no al revés.

Empezó a hacerlo cuando nació. Libró con su venida al mundo a su hermana del egocentrismo infantil. Edelweiss era una niña muy solitaria, aunque no antisocial. Jugaba sola. Esa soledad le impedía pensar demasiado en el resto. Pensaba en ella y su mundo. Ese mundo que no veía nadie salvo ella. Los amigos que tenía eran parte de su mundo. Imaginaciones suyas. Aunque Edelweiss les había dotado de una personalidad y un aspecto propios, no dejaban de ser ella, como los personajes de nuestros sueños. Todos son tú. Pero entonces nació Luis, real e incontrolable, y el sueño se rompió.

Y ahora él se ve obligado a cumplir una promesa. Ahora, mientras el olor a sangre y carne muerta inunda todo y suena *Ain't she sweet* desde el aparato de música del salón.

Los Beatles como ambiente.

Ahora, mientras las bolsas blancas con motas rojas esperan alineadas contra la pared del pasillo. Ahora. Promete a su hermana que también cuidará de ella esta vez.

Así que recoge varias bolsas y baja con Edelweiss a la calle. Obediente.

- Lo mejor será esconderlo en el sótano de la heladería.
- Edelweiss, ¿no sería mejor enterrarlo en algún sitio o tirarlo al Danubio, o algo así?
- Si hacemos eso, tarde o temprano lo encontrarán. En *mi* sótano estará *a salvo*.
- Podemos quemarlo. Creo que esa es la idea más sensata, Eis. Lo quemamos y se acabaron el riesgo y las pruebas, ¿ok?
- Quiero llevarlo al sótano de la heladería.
- Pero por qué, Edelweiss. Es la peor opción.

Luis y Edelweiss se adentraron en la oscuridad del sótano. Se fundieron en negro, como si entraran en un profundo sueño.



## 9 DE JUNIO DE 2011

Iago me recuerda inevitablemente a Luis. Su carácter protector conmigo. Me hace sentir tan bien. Trato de ser lo más amable posible. Le ayudo con las tareas del hogar. Es como volver a estar casada, aunque nuestro trato siempre es desde el respeto. Es casi fraterno. Supongo que por eso me recuerda tanto a Luis. Echaba de menos este tipo de relación con un hombre. Iago no parece estar comiéndome con la mirada todo el tiempo. También sé que su carente atracción hacia mí se debe a su miedo. Intento contener mis emociones, pero sé que los pequeños detalles me delatan. Sabe que tengo tendencia a la ira. Me duelen las mejillas de tanto sonreír. Parezco la Dalia Negra muerta. Pienso en la muerte de la Dalia Negra. Pienso que nunca se supo quién la mató. Pero a por mí vendrán en cualquier momento. ¿Cómo he podido ser tan torpe?

Hoy le he encontrado especialmente tenso. Es muy seguro que me haya visto en la prensa. Hay una orden de arresto contra mí. La policía debe estar desconcertada. Como supuse, estarían esperándome en París. Me imagino sus caras de idiotas a la llegada del avión. A los pasajeros aturdidos: hemos viajado con una asesina. Patéticos. Y, después, ese hijo de puta del taxista me delató. He visto sus palabras en una noticia mal redactada en Internet. El muy imbécil ha mencionado que dije “me he metido en un follón”. Absurdo. De todas formas, me he sabido mover bien. Cuando fueron a buscarme al hotel de Cavazzo ya no estaba allí. La actitud de Iago no me ha ayudado hoy. Apenas ha hablado y ha estado mucho tiempo fuera de casa. Hemos preparado juntos un plato delicioso típico de aquí: *bisna*. Ha sido especial. Yo no conocía la polenta. Ha sido agradable poder compartir un momento así. Ha sido como volver a la infancia y jugar a hacer *cocinitas* con ingredientes extraños. Mis amigas recogían hierbas, pétalos y barro para realizar platos repulsivos que a sus muñecos parecían encantarles. Nunca se les ocurrió recoger polen. Hubiera salido un puré compacto interesante. Papá se enfadaba porque yo no jugaba con ellas. Le molestaba mi falta de interés y que siempre anduviera sola. Él pensaba que había nacido sin imaginación y le daba muchísimo miedo. Nunca se planteó que mi problema fuera todo lo contrario: mi exceso de imaginación. Yo no necesitaba crear purés para dar de comer a mis niños. Me bastaba con montármelo en la cabeza. Era

capaz de verlo todo. Ellas en cambio necesitaban elementos tangibles para poder jugar. Para poder decir: esto es *puding*. Esto es *papilla*. En sus juegos sólo veía la repugnante mezcla. Era inevitable por lo obvio. Pero yo caminaba por calles que solo yo veía y hablaba y giraba y soñaba despierta. Tenía bebés hermosos y maridos estupendos que me hacían el amor de forma maravillosa, y no necesitaba jugar a papás y mamás con las otras niñas y tener que tener un marido que fuera la compañera más fea de la clase. Sus juegos me aburrían. Ellas tenían que hacerlo todo tan *real* que el juego era incluso más doloroso que la vida real. En mi soledad era feliz. Yo vivía mi mundo, y ese mundo era especial. Yo vivía el paradigma del sueño más lúcido. Ni siquiera mi padre hubiera podido entenderlo. Cuando pienso que le oculté la verdad. Cuando pienso en su cara triste con el desayuno. No puedo evitar sentir una punzada dentro de mí por haberle hecho tanto daño.

Pero en verdad yo no soñaba. No he soñado hasta ahora. Es una sensación horrorosa. No soporto vivir en un mundo donde no puedo tener el control de mis propios actos.

### **A LA ATENCIÓN DE HAROLD:**

Echo terriblemente de menos la música. Me veo obligada a recordar las canciones y en esta celda a veces hay demasiada luz. Hay demasiada gente. No puedo acostumbrarme a este tipo de vida. No puedo acostumbrarme a una vida sin ti.

¿Tú recuerdas por qué quisimos tener este hijo? Por qué nos pareció una buena idea. Si se trataba de una forma de (re)tenernos el uno al otro, ¿por qué me haces esto ahora?

No entiendo esta maldita indiferencia.

¿Cuántas cartas te he escrito ya? ¡Cuántas visitas dolorosas de mi madre! Cada vez que me dicen que tengo visita -siempre que me lo dicen. No aprendo-, me ilusiono como una niña pensando que eres tú quien me espera en la sala. Y entonces salgo y allí está ella. Negándome a acceder a la información que



de verdad importa. Debe odiarme por alguna razón que desconozco. Mi madre no es tan obvia como para dejarme de hablar por haber matado a estos dos hombres. Ella me odia porque ni mi padre ni mi hermano le han querido como me han querido a mí. Tampoco la han querido nunca como tú me quieres a mí. La está matando la envidia y el odio, y por eso me castiga.

No me cuenta nada de vosotros.

No me extrañaría que os esté manipulando de alguna manera. Que os esté obligando a no visitarme.

Ella es un monstruo y como tal me ve. Pero no me parezco a ella. Yo nunca haría esto a una persona de mi propia sangre.

Ella dice que va a conseguirme a otro abogado, Harold. Pero este nuevo abogado no es una buena persona como nosotros. No tiene principios. Me da la sensación de que le preocupa más la repercusión mediática que tiene este caso. Le preocupa solo el dinero y... ¿la fama?.

Mamá me dijo que es el abogado de un hombre que, bueno, lo habrás visto en los medios de comunicación. Este hombre hizo cosas horribles a su propia hija, Harold, durante años. Horrible, Harold, a su propia sangre.... y mi madre dice que nuestras historias tienen semejanzas: ambos inventamos la misma mentira para ocultar el verdadero paradero de nuestras víctimas. Mi madre ha sido capaz de compararme con un monstruo. No es capaz de apoyarme. Mi propia madre.

¿Y tú dónde estás?

No dejo de imaginarte con otra mujer tratando de olvidarme porque *soy un monstruo*. Y cada vez que pienso que podría estar sucediendo algo así mientras yo malvivo en una celda repleta de histéricas con un bastardo que me aferra a la vida en las entrañas, siento deseos de mutilar mi sexo como repulsa a la *necesidad* que te lleva a buscar el placer en sustitutas, y a mutilar, y a matar a tu hijo, y matarme a mí. Porque no soporto esta soledad. Este vacío que me habéis dejado todos sin ninguna razón.

Sois tan egoístas y tan simples que sois capaces de odiarme porque sí, sin intentar al menos comprender por qué *tuve* que comportarme de ese modo.

Mirad lo que habéis hecho conmigo.

La única persona a la que veré desde ahora será a este nuevo abogado, Harold.

No quiero ni imaginar qué publicará la prensa cuando se entere. ¿Seré el nuevo monstruo, amor, justo ahora, cuando ya me consideraban un ángel de hielo?

Un ángel. Amor.

¿Recuerdas aquello que me contaste sobre los ángeles?

Me dijiste que no tienen imaginación. Yo te hablé de mi infancia, de mi padre. No tenía claro si no tenía imaginación o tenía demasiada. Tú considerabas que mi padre estaba en lo cierto pero que no entendías su preocupación. Ser una niña tan buena, tan bella y sin imaginación, solo podía significar una cosa: que yo era un ángel.

Pero papá nunca lo vio así, Harold. Él fue el primero que vio en mí a ese monstruo del que la prensa hablará dentro de poco.

Es curioso que sea ahora, acusada de doble homicidio, cuando me digan las cosas más bellas. Que sea ahora, cuando he empezado a soñar, cuando me llamen ángel.

Te echo tanto de menos, amor.

Eres lo último que me queda en la vida, joder, y lo sabes.

No me dejes caer. Esta historia merece un final feliz.

Por nuestro niño.

Por favor, Harold.

Por favor.

No me dejes.



## SOLILOQUIO. RECUERDOS. 2011

– Bien, escucha Luis: necesito que hagas un poco de cemento. Está en esa bolsa grande de ahí, en la esquina. Hay un grifo por ahí cerca y un barreño. Hazme el favor. Tengo que quitar cosas de esta cámara.

Eso le dije. Le dije que hiciera un poco de cemento mientras yo hacía sitio en la cámara. Entonces él me preguntó si era para tapar el olor. Le dije que sí. Entonces fue cuando saqué las cosas, metí en su lugar a mi pobre Hans, y las alejé hacia la salida del camarote. Ahí fue cuando perdí de vista a Luis, que se encargó de llenar de cemento la cámara. Abrí los ojos como platos y emití un grito ahogado. No podía mostrarle a Luis mis verdaderas intenciones. Hay cosas que es mejor que no sepa. Así que no tuve más remedio que contenerme y decir “buen trabajo, hermano”. Así de cinematográfico y cutre. No entiendo por qué me salió esa expresión de negrata americanoide. Luis también se extrañó, pero siguió a lo suyo. Todo el trabajo para nada.

Cuando realicé todo esto antes, con Friedrich, tuve claro lo que iba a hacer con él en cuando empecé a despedazarlo. Me surgieron las mismas ideas que a Luis: enterrarlo, quemarlo, alimentar a las ratas del Danubio. Pero mientras lo cortaba, mientras tocaba su carne, mientras limpiaba todos los pedazos del que había sido el amor de mi vida, lo tuve muy claro. El olor me transportó a la infancia. Me recordó enseguida a una comida de Navidad. Papá había comprado un cordero entero. Recuerdo que cuando lo vi en la cocina me aterró. Siempre he sentido aversión por las cosas muertas. Y el olor era muy intenso. Mis padres estaban muy contentos. Mamá abrazó a papá como nunca los había visto antes y me alegró esa ternura y felicidad a pesar de la primera impresión que me causó el animal muerto. Mi madre se reía mientras miraba el cordero. Le preguntó a papá cómo había conseguido que se lo vendieran entero. Supongo que lo normal es que te lo vendan ya despiezado como norma de higiene y sanidad. Pero papá siempre se las ha apañado muy bien para conseguir lo que ha querido. Entonces se encargaron ellos mismos de hacerlo. Después de verlos pensé que no sería capaz de probar bocado. Pero todo cambió cuando, ya reunida toda la familia en la mesa, con la televisión encendida con

los mismos programas navideños horteras y familiares de todos los años, y el cava y Luis tirándome migas de pan, mi madre apareció con la enorme fuente y la depositó en el centro. El olor ya no era de muerte, sino una absoluta delicia. Por descontado las patatas a la panadera que rodeaban al cordero dorado. Todo esto me hizo recordar también un relato de Roal Dahl. Un autor que de niña también me encantaba. Tenía un relato que me hacía muchísima gracia, sobre una mujer que asesinaba a su marido con una pata de cordero congelada y, cuando iba la policía a interrogarla, ella, como buena mujer, preparaba al horno esa misma pata de cordero e invitaba a cenar a los agentes. La mejor forma de deshacerse del arma homicida. Entonces lo vi todo muy claro. Congelaría a mi Friedrich, a quien, a pesar de los problemas que tuvimos, le quería tanto, y mi amor era tan puro y real a pesar de las discusiones y las circunstancias que ahora nos ocupaban, que pensé que no habría demostración más real de amor ni, al mismo tiempo, mejor manera de deshacerme del cuerpo, que comérmelo. Durante unos meses tuve Friedrich de todas formas posibles. Cocido, al horno, con patatas, a la plancha, con salsa de soja, con ensalada, frito, rebozado y con setas, al pesto, como guarnición para la pasta, también con arroz, como guijas con un par de huevos fritos y un largo etcétera. Friedrich era un hombre grande y muy generoso. Me dio la vida en aquellos meses. Me ayudó a superar muy bien nuestro divorcio.

Lo que no me atreví a cocinar fue su cabeza. Me parecía demasiado sórdido abrirle el cráneo. Comer cerebros es cosa de zombies y salvajes. Pero tampoco quería deshacerme de ella. Quiero decir. Yo a Friedrich le quería. Lo del divorcio no fue cosa mía en absoluto. Yo le quería aunque nuestra relación no fuera ideal. Discutíamos muchísimo, claro, y nos poníamos muy violentos. Nos hacíamos mucho daño, físico y emocional. Sí. Pero eso no tiene nada que ver. Las relaciones humanas no son blancas o negras. Y aunque Friedrich me hiciera mucho daño y yo me viera obligada a actuar en consecuencia, le seguía queriendo como el primer día. Así que no me deshice de la cabeza. En su lugar la cubrí de cemento para evitar que el olor, que ya no era solo de muerte sino de descomposición, llegara a los camarotes contiguos y levantara sospechas entre mis vecinos. Durante estos tres años le he estado visitando. Después también a Hans, claro. A ambos les he rezado, por si hay algún Dios, que no piense que no merecen el descanso eterno por no estar enterrados en campo santo. Que ese



Dios sepa que a estos hombres, aunque en vida no fueron buenos conmigo, yo les quería y esperaba que ahora estuvieran en un lugar mejor, redimiendo sus pecados de la mejor forma posible. A Hans le pedí perdón muchísimas veces por el error de Luis. Le dije que hubiera querido para él lo mismo que para Friedrich. Ya en vida su semen era mucho más dulce que el de mi ex-marido. Seguro que su carne, más joven y tierna, hubiera podido dar lugar a platos realmente exquisitos.

*Amame aunque sea lo último que hagas amor a mí por favor.*

Eran tan malos, amor. No eran como tú y yo. Me equivoqué. A veces el dinero nos hace infravalorar lo que tenemos. Incluso a las personas. Yo estaba en deuda con ellos. Me tenían en deuda, amor. Les pertenecía.

Y ahora Iago va a delatarme. Las noticias llegarán con mi foto. Me verá como dicen que soy. Será inevitable. Le invadirá el miedo. Ahora que me venden como a una especie de viuda negra. Cuando salga por esa puerta con la excusa más simple, sabré que ya no tendré escapatoria. Me quedaré esperando. Da igual si consigo llegar a la estación. Seguiré esperando. Me atraparán. Nos iremos mi niño y yo de la mano hacia el final de este viaje, pero no de mi historia, no, mi amor, mi historia va a tener un final feliz.

### **A LA ATENCIÓN DE HAROLD:**

Nunca quise este final para mi historia. Pero a veces las cosas son así. La vida no viene con un manual de instrucciones. Nadie te pregunta antes de venir si quieres tener un trastorno mental. Amor, has de creerme. Aquella no fui yo. No es como lo cuentan. Fue La Enfermedad. Sabes que yo nunca haría daño. Mucho menos a ti y a nuestro hijo. A veces sueño con él. Es curioso, ya sabes que yo nunca soñaba. Pero desde que salí de Viena no puedo cerrar los ojos sin que venga a mí alguna imagen. Son sueños tan vívidos, amor. Me hacen tener miedo. A veces despierto con la sensación de haber vivido algo más real que lo que me rodea aquí. Estas cuatro paredes, amor. Estas cuatro paredes que preten-

den ser mi rutina para el resto de mi vida. No pueden ser reales. He pensando varias veces en acabar con todo pero el bebé me ata a la vida. Es una locura. ¿Qué vida podría esperarle de todas formas? Pero da igual lo que piense. Es algo superior a mí. Supongo que es demasiada responsabilidad cargar con la muerte de otro.

Estoy perturbada por el sueño que tuve esta noche. Me gustaría que mi padre estuviera aquí para preguntármelo durante el desayuno. Por primera vez tendría algo que contestarle. Aunque no soportaría una dosis de sus psicoanálisis. O quizá sí. No lo sé, no sé si quiero saber qué hay dentro de mí. Qué es esto que me maneja como un parásito. Me da miedo. Pero tengo la tranquilidad de saber que tú me conoces. Sé que me crees. Y sabes que tuve que hacerlo. No... no quiero decir que esté bien. Pero sabes que solo muerdo cuando me hacen daño. Eso se sabrá, todos los sabrán. Triunfaré la verdad y yo saldré de aquí y podremos hacer una vida con final feliz. Nosotros, con nuestro hijo. Nadie recordará la historia de la Eis Engel, porque los inocentes nunca son protagonistas de la prensa. Soñé con la prensa. Soñé con una fotografía desconcertante. Es curioso, pero mis sueños son imágenes estáticas. Dan bastante miedo porque la sensación de movimiento se genera en series de imágenes estáticas. Como un *stop motion* de fotografías. Pero la transición de una a otra imagen es demasiado lenta. Vivo una vida de pesadillas sin *frame*. Anoche soñé con una peluquería. Estaba esperando para cortarme el pelo y cogí una revista. Todas las que había eran de moda. Las revistas de moda y estilismo no hablan de mí y eso fue un alivio; en parte. La verdad es que también quiero saber qué se dice de mí. Si ya me han elevado a la categoría de princesa. Me llamó la atención una fotografía espeluznante: una niña sin ojos. Se veía la concavidad tras ellos. La más profunda oscuridad, amor. Sus ojos estaban literalmente vacíos. El titular decía “Reconstruye antes el pelo que los ojos”. La noticia hablaba de la “mejor cirujana de la historia”, una mujer capaz de reconstruir cuerpos completos. Una mujer capaz de crear seres humanos, amor. Como un Doctor Frankenstein contemporáneo. Pero la prensa la alababa. Nada de dramas ni acusaciones por jugar a ser Dios. Nada de eso. Solo la importancia de reconstruir pelo antes que los ojos. Buscaba la belleza. Creaba seres humanos hermosos. Las revistas de moda la veneraban por ello y le daban las gracias por preocuparse más por la estética,



por el peinado, que por los ojos. La foto me dejó impactada. Además no pude evitar tener un pensamiento atroz: venderlos como objetos de placer. No puedo evitar reír pensando en esto. Esos terribles seres creados, al más puro estilo *Rocky Horror Picture Show*. Bellísimos pero no solo ciegos, si no carentes de ojos.

¿Crees que puede significar algo? Estoy pensando en escribir a mi padre. Pero no sé. No quiero preocuparle. Ya es muy mayor.

## 10 DE JUNIO

Edelweiss pasó su última noche en casa de Iago maldurmiendo en el sofá. Cenaron lo que les sobró a mediodía, pero él apenas probó bocado y se retiró pronto a su habitación.

Edelweiss quiso explicarle todo. Decirle que todo *tenía* una explicación.

Iago, no quiero molestarte más.

No molestas.

Hoy te he notado extraño.- A Edelweiss no le gustó el cariz conyugal que notó en su frase.

No, te lo ha parecido a ti.

Todo lo que dicen de mí.

No.

Es cierto. Pero no como lo cuentan.

*Mio dio.*

Ellos me hicieron mucho daño. Eran crueles, Iago. Tuve que defenderme.

Eis...

Mañana por la mañana me iré. A primera hora. Te lo prometo.

Eis...

Pero déjame pasar esta noche contigo. *Prego.*

Y Iago acepta, pero no duerme. Y atranca su puerta con la cómoda de toque setentero que dejaron los antiguos inquilinos y se acuesta con un ojo abierto, temiendo ser apuñalado mientras duerme.

En cuanto amanece llama a la policía. *Tengo en mi casa a Edelweiss Mendoza.*

Y Edelweiss, agotada por un insomnio de llanto incesante, se deja llevar. No le queda expresión en la cara. No es capaz de mover los músculos de la cara ya. No puede marcar una última sonrisa para la prensa que la espera y acompaña junto a la policía hacia el coche. Edelweiss, con la mirada perdida, nota la mano de la mujer policía en la suya y la aprieta con fuerza. Le dice con su tacto *llévame contigo. Créeme, tú eres mujer, compréndeme, tuve que hacerlo.*

Pero nadie dice nada y Edelweiss es introducida en el coche y se hace la oscuridad de nuevo e Italia se convierte en su prisión.

## EL EMOTIVO FINAL DE LA CHICA QUE TENÍA ATAQUES DE IRA Y SU HERMANO PEQUEÑO.

*Soñar con los pulmones, es el símbolo de la creatividad, la inspiración o su interior. Por otro lado, podría representar una situación estresante o una relación sentimental, que le está resultando asfixiante o agobiante.*

*www.mis-suenos.org*

A la atención de Harold. Carta Final.

Hoy tampoco viniste. Me dijeron que tenía visita y, como siempre, sentí un salto en mi interior esperando verte. Pero no eras tú. Y caminé sin ganas hacia la sala esperando encontrarme con mi madre y sus torturas.



En su lugar estaba Luis, Harold. Luis.

Y entonces mi corazón sí que botó emocionado, como nunca lo había hecho en mi vida. Mi pequeño ángel de la guarda. Mi amor. Allí estaba tan hermoso esperándome.

Es 10 de septiembre. Han pasado tres meses desde que me encontraran en Udine y uno desde que me extraditaran a Viena. Estoy embarazada de cinco meses. Estimo que daré a luz en Navidad a este niño que, desde aquí te digo: no llevará tus apellidos.

Me duele tanto tomar esta decisión, Harold. Creo que no eres capaz de hacerte a la idea de todo lo que me duele tomar esta decisión.

Pero ya no puedo esperarte. Podría haber esperado durante todos los años que me quedan aquí. Durante toda mi vida. Pero no quiero convertirme en una absurda Penélope. No por ti. He pasado estos meses de soledad absoluta, con la única compañía de mi niño y de mis sueños – de mis miedos. Ni una sola carta. Ni un mínimo gesto de apoyo o de cariño. Cada visita de mi madre es un castigo. No la soporto. Podría decirse que mi mejor y único amigo es mi abogado. Aquel que eligió mi madre y al que en un principio repudí sin tan siquiera conocerlo. Te hablé de ello. Al final este hombre ha resultado ser lo mejor que me ha pasado en prisión.

Estaba muy equivocada comparándole con sus anteriores y mediáticos clientes. Creo que es un verdadero samaritano, y no un monstruo. Él tiene una capacidad que, al parecer, las personas a las que más he querido en la vida, como tú o mi madre, no tenéis. Él ve la humanidad en todas las personas. Es capaz de empatizar y de perdonar.

Todo el mundo me juzga por lo que hice. Incluso hay mujeres perturbadas aquí dentro que me admiran por ello. Pero él me mira y es capaz de ver más allá de los asesinatos. Como hacías tú. Tú nunca conociste esa parte de mi. No te interesaba mi pasado. Yo tampoco te juzgué por los errores que hubieras podido cometer antes de estar conmigo. Porque todos tenemos un pasado, y eso no significa que tenga que condicionarnos el resto de nuestra vida.

Tú no lo viste. No lo quisiste ver. Me dijiste que preferías no saber nada de mi vida hasta el momento en que nos conocimos. Ahora entiendo por qué. Conocías tus limitaciones. Eres un cobarde celoso. Y, además, tienes miedo.

Tú me has conocido después de Friedrich y Hans, y me has conocido muchísimo mejor de lo que hicieron ellos.

Te gustó lo que conociste. Me quisiste -como nunca antes habías querido a una mujer, me dijiste- y decidiste tener un hijo conmigo. ¿Por qué has tenido que dejar que terminara todo? ¿Por qué nos has abandonado?

Ahora no me queda más remedio que resignarme. No vas a venir. Y yo no puedo esperar más. Así que este niño nacerá sin padre. A no ser que el monstruo seas tú, y se te ocurra aparecer en Año Nuevo reclamando unas pruebas de paternidad que te otorguen el derecho a quitarme a mi bebé. Nunca me habré arrepentido tanto de no haber sido más promiscua estando contigo para no encontrar jamás al padre de mi hijo o para que pudiera ser *cualquiera* menos tú.

Pero hoy ha venido Luis y me ha hecho muy feliz.

Ha sido divertido porque al vernos nos hemos besado en la boca, como hacíamos cuando éramos niños, y nos ha tenido que separar con repulsión un agente, como hacían los profesores en nuestro colegio.

Harold, ha sido mágico. Hemos vuelto a ser niños. De repente estábamos en el comedor del colegio, sentados solos en una mesa. Alrededor, muchísimos más niños alborotados y profesores vigilando. Y Luis buscando mi mano y templando su calor con mi frío inherente. Luis pidiéndome perdón por no haber venido antes. Yo pidiéndole perdón por haberle involucrado en todo esto. Pero qué es “todo esto”. Luis se hizo el despistado. *Aún no ha pasado nada. Estamos en el colegio.*

Seguí su juego porque tengo derecho a ser feliz y a descansar la culpa, pero no pude saber por qué no había venido antes. No supe si la policía también le interrogó. Ni si descubrieron que estuvo allí, conmigo, la noche que maté a Hans. No supe si papá estaba bien ni si me echaba de menos.



Luis estaba enfadado porque habían puesto coles de bruselas de un aspecto nada apetecible. Yo me reí de él. Siempre me hace gracia cuando se enfada. Esto le enojó aún más y me tiró una col.

Los demás niños no se dieron cuenta de nuestra pelea de coles porque estaban demasiado ocupados viviendo sus vidas de mierda.

Sin venir a cuento, Luis me preguntó si aún me seguía doliendo. Yo le dije que sí, que no podía entender tu comportamiento. Él hizo como que me lanzaba algo imaginario y entendí que no se refería a ti porque el juego no se había acabado. Esquivé la col, me disculpé por hablar del futuro y le dije “no”. Que la herida hace muchos años que no duele. Que “lo que duele es el recuerdo que me trae cuando la veo pero no te veo a ti”. Porque siempre, siempre, siempre que me encuentro con ella, aparece Luis y su ausencia. Que lo único que me ha dolido estos meses ha sido echarle tanto de menos y no recibir noticias tuyas.

Luis me lanzó otra col y me callé.

*Entonces no te duele.*

*A mí sí, Eis. A mí sí que me duele. No hay día que no me despierte el dolor, y no hay manera química ni homeopática en el mundo que pueda calmarme. ¿Sabes? Es jodido olvidarse de algo cuando ese algo es el responsable de que sepas que estás vivo un día más. A mí es lo que me ocurre cada mañana. La pastilla del día deja a la vista un vacío. Es el pronóstico de cada día a lo largo de mi vida. Un lunes vacío. Un martes vacío. Un miércoles vacío. Un jueves vacío. Un viernes...*

*Toda la vida recordando cada mañana, por una tableta de pastillas, que te la debo a ti. Que te debo la vida. Que soy parte de ti. Que te quiero.*

No quise tomar demasiado en serio lo que Luis me decía. Quiero decir. Luis nunca me había hablado así. No tenía claro si todo aquello iba en serio. Las reglas del juego se habían roto, y eso no me gustaba. O se juega. O no se juega.

“Estás sonando demasiado adulto” le dije. Luis no apartó su mirada de mí. Fue incómodo. Pensé que iba a llorar. No me gusta ver a la gente llorar. Frie-

drich lloró cuando me anunció que quería divorciarse. Ninguna lágrima me parece verdadera. Él lloraba mientras decía que teníamos que dejarlo. Me sonó a condescendencia. ¿Por qué lloraba? Estaba ahí, en el salón, temblando como un niño soltando tópicos de ruptura que pueden ir bien para una pareja de veintitantos que lleva saliendo un año, pero no para un matrimonio, para una relación seria como la nuestra. Su voz sonaba impostada. A miedo. Y tembló aún más cuando se le ocurrió sacar el tema del dinero de la heladería. Imagínate. Lloro porque me deja pero no me quiere dejar y de pronto me reclama el dinero que me prestó para abrir la heladería. Cuando la abrimos, cuando me prestó aquel puñado de euros, le miré fijamente a los ojos y le hice prometer que nunca, jamás, por muy mal que fueran las cosas en un futuro, me echaría en cara aquel favor que él me estaba haciendo en un momento determinado por puro amor. Y me lo prometió. “Lo hago porque te quiero”. Y ahora él rompía su promesa con lágrimas de cocodrilo y me pedía el divorcio porque “ya no me conocía” y no era “capaz de controlarme”. La chica con ataques de ira ya no era divertida. Tenía mal humor. Cuando empezamos, aquello no era un problema. Discutíamos muchísimo, sí. Nuestras discusiones eran verdaderos episodios psicóticos, sí. Y nos poníamos violentos. Tanto él como yo. Pero esa violencia, como el dolor, era producto y producía a su vez tanta adrenalina, y tanta pasión, que nuestra relación, lejos del precipicio de la rutina, era una experiencia perfecta. Nos odiábamos con tanta profundidad como nos amábamos. Era la misma violencia cuando nos hacíamos daño que cuando hacíamos el amor. Y ahora, de repente, mi ira le sobrepasaba. Y quería irse. Y quería llevarse el dinero que invertimos para el negocio. Me abandonaba, Harold, como has hecho tú. Pero al menos él tuvo la cortesía, aunque teatral, de dar la cara. No se ocultó como las ratas como has hecho tú. Aunque dudo de tu escondite. No creo que te hayas hecho invisible para la prensa. No me extrañaría nada, conociendo como conozco la verdadera condición del ser humano, que estuvieras vendiendo mis cartas a la prensa. Porque me lo habéis robado todo. Porque mi intimidad ya no vale nada. Porque la verdad ya está dicha: es la vuestra. Nadie va a mirar por mí, Harold. Ni siquiera Luis. Porque todos actuáis. ¿Os resulta más sencillo así? Incluso a mí me habéis dado un papel en esta historia pero no me dejáis participar. Sois unos manipuladores. Y como manipuladores lloráis de mentira, como niños, y modificáis la realidad a vuestro antojo. Todos me cono-



cíais y nadie me vio capaz de cometer dos asesinatos. Todos conocíais mi Enfermedad y mirasteis para otro lado, y ahora negáis que esa fuera la única razón que me llevó a hacerlo porque entonces tendríais que admitir que no me ayudasteis a controlar esos ataques. ¿Por qué no viene mi padre a verme? ¿Se siente culpable? Él vio mi problema antes que nadie, desde niña, y negó al médico que me recetara unas pastillas. Lo hizo así. No calló, cogió la receta y me llevó a casa, sin comprar antes las medicinas, y tiró la receta a la basura como si nunca hubiera existido. No. Directamente le dijo al doctor que no necesitaba esas pastillas. Que ya volveríamos más adelante si el problema persistía. Que eran cosas de la edad. Que no, que no, que no. Y ahora que ve el resultado de su negativa inicial se siente avergonzado y culpable, pero es otra rata, como mi madre, que seguramente también prefiere decir que me he convertido en un monstruo. ¿Crees que es así, Harold? ¿Tú también lo ves así? ¿Crees que soy un monstruo, crees que mis padres y mi hermano también lo creen? ¿Crees que te hubiera matado a ti también? ¿Es eso, Harold? ¿Te ocultas por miedo? Espero que no. No quiero que mi hijo tenga por padre a un ruin cobarde.

¿Y sabes qué le dije a Luis después de decirle que sonaba demasiado adulto? Le dije que yo también le quería. Porque al salir de mi boca esas palabras - “demasiado adulto” - le vi como tal. Ya no era mi hermano pequeño, era un adulto y le dije de corazón que le quería también, Harold. Y le quiero en verdad como nunca he querido a nadie, y puede que se deba en parte a lo que dijo Luis y que es tan cierto. Que es parte de mí. Que es la cicatriz. La suya y la mía. La que nos mantiene unidos como siameses. Al final, Harold, se trata todo de contratos de compra-venta. Todos hemos vendido nuestra vida, Harold. Yo vendí la mía dos veces. Primero a Friedrich. Después a Hans. Ambos me dejaron muchísimo dinero para mantener la heladería y, aunque los dos me prometieron hacerlo solo porque (me) querían, en realidad estaban comprando mi vida. Les pertenecía como a mí me pertenece Luis. Ellos me tenían atrapada con esos contratos. De lo único que me arrepiento es de haber cometido el mismo error dos veces, pero no de lo que hice para salvarme, Harold. Y puedes pensar lo que quieras, pero les amé incluso en el momento en que les maté y durante mucho tiempo después. Pero voy a ahorrarme el contarte nada, Harold. Ni a ti, ni a mi madre. Porque me habéis demostrado no comprender nada, y ya paso de perder el tiempo hablando con la pared. Yo solo quería un final feliz para

todos. Pero, al final, he tenido que prescindir de ti para ello. El final que yo quería ya lo he tenido, y ha sido aquí, en Viena, con mi hermano.

*Siempre he “sonado más adulto” de lo que soy. ¿Sabes, Eis? A veces me cuesta dormir por las noches, porque a veces siento que los sueños que tengo no me pertenecen. Que vienen de fuera, ¿sabes? Que no soy yo quien sueña. Que mi mente solo proyecta los deseos de otra persona. A veces me da la sensación de que te he robado los sueños, Eis. Imagínate qué locura.*

Imagínate, Harold, si mi hermano tiene razón: sus sueños no son suyos, sino de otra persona, y que esa persona sea yo. Eso sería una locura, porque significaría que los sueños son segregaciones pulmonares. Y entonces yo no sería un ángel, Harold, como tú pensabas. Todo sería debido a una carencia física. Menuda decepción. Pero es curioso de todas formas. Soñar sería, en cierto modo, como respirar. Sería así de necesario. ¿Crees que si hubiera soñado hubiera sido más humana y no hubiera matado a Fred y a Hans? Y que por eso ha sido ahora, desde que estoy embarazada, desde que tengo dos pulmones sanos y enteros, cuando he empezado a soñar. Pero mis sueños no son míos. Como tampoco los de Luis son del todo suyos. Seguramente pensarás que estamos locos. Dirás para ti: “siempre pensé que estaban locos”. Que éramos tan raros, ¿verdad Harold? Pero no te engañes, amor: nunca me llegaste a conocer. Te sorprendiste como todos cuando encontraron los cadáveres en el sótano. Has sido un estúpido más, Harold. No sé cómo pude haberme enamorado de ti.

*Siento cosas que no debería sentir, Eis. Me suelo despertar con una extraña sensación de hambre y claustrofobia. Creo que me estoy volviendo loco. En mis sueños aparece Hans, y no es comprensible. Apenas llegué a conocerle. Y es terrible. Comienzo a devorarlo, Eis. Me lo como, de forma literal. Muy voraz. Y él no opone resistencia. Dice que lo había estado esperando y que sabía que también le quería a él. Por favor, Eis, ¿qué cojones es eso?*

Y es entonces cuando yo me levanto y le abrazo con todas mis fuerzas y lloro, porque últimamente me derrumbo muy fácilmente, y le empapo el hombro y le digo que solo son pesadillas, que no le dé importancia, y le repito que le quiero, y le beso en la cara muchas veces, como una abuela, o como alguien



que no sabe demostrar su amor, Harold. Y él me aparta, bruscamente, y me mira a los ojos, y me dice que habla en serio, que siempre lo ha sentido. Que por eso vino aquella noche *a verte, Eis: porque sentí que tenía que hacerlo. Estar contigo, ayudarte. Veo todos tus deseos, Eis. A veces no sé si te quiero o es que siento que te debo demasiado. Porque te debo la vida, y siempre lo he sentido así, y no puedo hacer más que estar contigo. Y de verdad que no... que en un principio vi tu encierro como una liberación, Eis, y lo siento, pero fue así. Sentí que contigo entre rejas yo era por fin realmente libre, pero realmente estos meses sin ti han sido una tortura, y no podía dejar de pensar en la llamada que me hiciste. ¿Fui el primero a quien recurriste?*

*Indudablemente.*

*Y me imaginé a tu vecino, a Joseph, montándose una estúpida fantasía en su cabeza, y tú corriendo sin saber muy bien adónde ir, sin ningún plan establecido, buscando tu teléfono, buscándome a mí. Pero yo ya estaba esperando esa llamada, Eis. Y deseé que te encontraran pronto para perderte de vista y poder ser libre, pero no han cesado los sueños cada noche, y he sentido tanto tu miedo y tu soledad. Tú no puedes estar sola, Eis, eres muy frágil. Eres como hielo. Eres un ángel. Y he tenido que volver a Viena para verte, para decirte que te quiero, y para decirte que eres mi vida.*

No habíamos dejado de abrazarnos, de llorar y de besarnos. Nos tuvieron que volver a separar. Fue doloroso. Noté un tirón en la cicatriz.

Luis volvió a su juego y me tiró una col. La esquivé y, al mismo tiempo, noté un movimiento brusco del bebé. Luis se dio cuenta y sonrió. Se acercó a mi lado y posó su cabeza en mi vientre. Y el niño se movió como nunca, como si también estuviera emocionado y feliz de tener a Luis cerca, y entonces lo vi todo muy claro, y Luis también, y *nos miramos, y le dije que nunca, nunca, les abandonaríamos.*

*Y nos cogimos de la mano y emprendimos el camino a casa. Para cuando quise darme cuenta, los ojos de Luis ya estaban empapados en lágrimas, y su*



mano, pequeña y delicada, empezaba a presentar el tono característico de la presión. Abrí la mano, aterrada. No supe disculparme. La sonrisa de Luis decía *te lo perdonotodo* y volvió a ofrecerme su mano para continuar agarrados el camino que nos quedaba para llegar. Nos dejamos querer así, Harold, aunque nos haga daño.

*I just want your loving arms around me, yeah,  
I got to find a way to make you take me back.*

*Baby won't you tell me  
why why why why are we so far apart?  
Why why don't you open your heart?  
If you only knew how much I love you.  
why can't you love me again?*

*Why.* The Beatles & Tony Sheridan.

*Mujer pez, Julia Matute*

